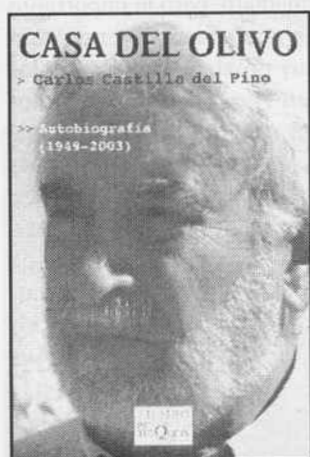


## La lección de un maestro



CUANDO EL PSIQUIATRA Y HUMANISTA Carlos Castilla del Pino publicó en 1997 su autobiografía *Pretérito imperfecto* nos dejó a todos boquiabiertos por la densidad y firmeza de su relato que mostraba, con la mayor naturalidad, una mente digna de admiración. El libro, centrado en los años de formación, adolescencia y juventud, se cerraba con la llegada de su autor a Córdoba desde Madrid para hacerse cargo del Dispensario de Psiquiatría. Muchos de sus lectores pensamos que aquel sí era el libro de memorias que podía esperarse de un intelectual de su talla, escrito a distancias siderales de lo que ha sido, en general, un libro de memorias en este país. Aquel libro fue también un estímulo para muchos universitarios porque ahí, en *Pretérito imperfecto*, brillaba por fin un maestro –de los que estamos tan necesitados– que al margen de su especialidad, la neuropsiquiatría, dirigía resueltamente su mirada al pasado para decir que por mucha que fuera la fuerza de las circunstancias –Castilla del Pino ingresó en la Facultad de Medicina al terminar la guerra civil, en el peor momento posible– él estaba dispuesto a elegir su destino. Y su destino pasaba por su vocación científica y su deseo de trabajar en el medio natural previsto para desarrollar dicha vocación, esto es la Universidad. El libro nos deslumbró, sí, como un faro en medio de la noche, pero también pensamos –maldita naturaleza humana– que su continuación resultaba imposible y desaconsejable. Nunca segundas partes fueron buenas y si eso no es aplicable al Quijote sí lo es a muchas obras autobiográficas en varios volúmenes que van languideciendo hasta llegar al borde del colapso creativo. ¿Cómo podría él mantener la tensión máxima de aquel riguroso proyecto?

Pero siete años después tenemos ocasión de conocer sus pormenores, porque Castilla del Pino acaba de publicar *Casa del Olivo*, la espléndida continuación de *Pretérito imperfecto*. Para paliar la ruptura impuesta por el tiempo entre uno y otro, el libro se abre con la misma instantánea con que concluyó el anterior: un hombre joven, 28 años, llega a Córdoba, una ciudad desconocida para él, dispuesto a vivir y trabajar en ella, a

hacerla suya biográficamente y con un claro propósito: opositar a una cátedra universitaria cuando sea posible. Castilla del Pino se encuentra con una ciudad compleja —él habla de varias Córdobas como herencia de las antiguas medinas árabes— con unas bolsas de pobreza sobrecogedora y el dominio del franquismo ideológico *par tout*. El autor se instala en los intersticios de ese dominio, busca personas con las que compartir una conversación, unas ideas, y trabaja sin desmayo: los capítulos dedicados a su puesta en marcha del Dispensario, al principio sin una triste silla donde sentar al enfermo, son antológicos. Él escribe cartas oficiales pidiendo material, procede con sus humildes enfermos como si estos hubieran ingresado en una clínica de pago en Madrid, redacta informes médicos que corrigen atropellos judiciales consentidos hasta aquel momento, combate la dictadura... Castilla del Pino en una palabra se vuelca en su trabajo.

Como ya es sabido, el eminente psiquiatra nunca consiguió su cátedra en vida de Franco porque topó con la resistencia de la psiquiatría oficial (Vallejo-Nájera y, sobre todo, López Ibor) abrumada ante su talento superior y su compromiso político («mi sola presencia era ya un acto político»). En la última y escandalosa —por lo injusta— oposición acabó lanzando sus fichas preparadas para la lección a la cara del tribunal «para que aprendan psiquiatría». Podemos imaginar, sin embargo, su decepción. ¿Adónde hubiera llegado de haber podido desarrollar su talento en un medio más adecuado?

*Casa del Olivo* mantiene una sorprendente unidad discursiva con el volumen anterior. En ambos el lector hallará una memoria excepcional, apoyada firmemente en sus diarios —de los que hay fugaces anotaciones— y el relato vibrante, intenso, de todo aquello que la pupila de su autor ha ido registrando. Se diría que Castilla del Pino lleva años preparándose, incubando su autobiografía que ha brotado, finalmente, rotunda y con la precisión de entendi-

miento propia del científico acostumbrado a un método de trabajo riguroso y exacto. Un método que sólo da entrada a las verdades evidentes pero que aplicado a personas y situaciones, como hace el autor, es toda una escuela de la mirada: nos enseña a descubrir la flor contenida en la estructura de una hoja.

Sin embargo, este libro presenta una mayor dificultad que *Pretérito imperfecto*, porque no es lo mismo el relato, siempre épico, de la infancia o de la juventud, etapas perfectamente alejadas del autobiógrafo, que la narración de la madurez, mucho más comprometida por la cercanía del tiempo. Castilla del Pino no elude los pasajes más difíciles de su pasado inmediato, pero lo importante es que el libro desarrolla una poderosa concepción de la individualidad, muy próxima por cierto a los postulados de Goethe en *Poesía y verdad*: el valor del yo no está tanto en su unicidad separada de todo lo demás, cuanto en su manera única de hacerse parte de su propio mundo. Y así, si bien todo el texto está entrecruzado por muy diversos hilos que van trenzando la historia personal de quien la escribe y que explican cómo ha transcurrido, no hay un solo elemento determinante: de los libros a los hombres, a la ciudad en la que vive, a sus propias actividades, a los viajes que hace... no hay una experiencia que nos haga pensar que después de ella Castilla del Pino cambió. Ni siquiera la sufrida con sus hijos. La vida inspira y espira y a veces clava experiencias que son como cuchillos, pero la rueda motriz, parece decirnos el autobiógrafo, está en el desarrollo constante hacia una existencia más enriquecida, más clarificada, más altamente humana. La suya encontró en la Casa del Olivo los confines de su horizonte interior (también encontró la paz). Un horizonte sin duda más amplio que el de la mayoría de los seres humanos, pero para eso están los maestros, para enseñar el estrecho camino a los demás.

Anna Caballé